**Las memorias de un ufólogo**

**Prólogo**

Como los recuerdos suelen ser emotivos, intentaré un distanciamiento para analizar los hechos. No importará tanto lo que me ocurrió o busqué como la serena interpretación de lo que pasó.

Eludí situarme en una primera fila del mundillo ufológico por una razón: la naturaleza del asunto resultaba –y persiste– inasequible para el público, necesitado de la adquisición de una base para colocar posteriores andamiajes. Y también por otear, un placer, y de vivir el anonimato, gozo que ni los reyes poseen.

Una experiencia similar la tuve recientemente con la mecánica cuántica: del interés inicial pasé a leer libros y artículos relativamente digeribles para lograr una opinión que, supongo, continuaré enriqueciendo. Los fenómenos cuánticos resultan inexplicables, tampoco pueden visualizarse, pero para ello está el paso previo de los modelos matemáticos. ¡Las matemáticas, la olvidada gran señora de las ciencias! ¡El lenguaje conceptual más elevado y aristocrático!

La enigmática física cuántica tiene ‘parentescos’ con la mística y la parapsicología, y en el fascinante universo atómico habitan las claves de la realidad total. «La materia –lo dijo Pauwels– es, tal vez, únicamente una máscara entre todas las máscaras». Hago estas referencias marginales por la esperanza de que algún día “la otra física” dé respuestas al enigma que nos ocupa.

Reconduciendo el motivo de las presentes memorias, intentaré abordarlas eludiendo la mitificación, pero adornándolas con comentarios pasados y recientes. Carecerán de rigurosidad estructural porque unos sucesos me concatenarán a otros, seguro. La ufología constituye una más de mis predilecciones, afortunadamente, al comprobar en otras personas el reduccionismo de la unificación. Sin pretenderlo, me coloqué en un buen lugar para evitar los apasionamientos y, mucho más, en tan pantanoso terreno. Con el tiempo comprendí que el conocer requería el enorme esfuerzo de aprender a dudar: sin un espíritu dubitativo resultaba imposible acercarse a la verdad. Escapar a los modos de pensar adquiridos dejó sentimientos trágicos y las nostalgias de los primeros tiempos, en que las certezas llenaban un paraíso regalado, siguen reclamando su pérdida.

Si peculiar es la teología –el entregarse al estudio detallado de una ciencia sin pruebas– no muy atrás quedamos algunos al rechazar la ufología como un conjunto de creencias. ¿Somos unos enamorados de una causa perdida? ¿Tantos años bebiendo los vientos de una coqueta moza que enseña y tapa en ciclos imprevisibles? Me da igual: siento que viví porque intenté penetrar en aquello que ignoraba.

No incluiré los casos investigados –recogidos en un catálogo– porque extenderían demasiado estas memorias, aunque alguna anécdota expondré con relación a ellos, experiencias vividas a lo largo de una romántica etapa, propia de una juventud que pasó.

**Los primeros tiempos**

**I**

Mis ojos permanecieron más tiempo pegados al respaldo de la butaca que a la proyección dirigida por Byron Haskin *La* *Guerra de los mundos.* El impacto perduró. Una noche, asomado al balcón, una persistente lluvia reproducía en los cristales las serpenteantes gotas, ocelos del gran ojo que salía de los artefactos marcianos y, al elevar la cabeza, me pareció ver una de las naves: alucinaciones, deseos apasionados de un adolescente matriculado desde entonces a un gimnasio mental y del cual aún no solicitó la baja.

A la ufología le debo mucho más de lo esperado por la atención que necesité prestarle a otras ciencias: comencé a indagar desde otras perspectivas –digamos menos ortodoxas– en cuestiones religiosas, físicas, químicas, biológicas, políticas, antropológicas, astronómicas, ambientales, espaciales, matemáticas, filosóficas, económicas, psíquicas… Ahora recuerdo las atrevidas palabras de Casas-Huguet: «Los ovnis están para ayudar a determinados seres humanos para conseguir una apertura mental». No milité en el grupo de los creyentes, ni tampoco observé en los cielos o en la tierra un fenómeno netamente anómalo, pero la certeza apoyada en numerosos testimonios me llevó a una conclusión: objetos volantes con comportamientos intencionales invaden los cielos, seguramente desde épocas ancestrales. Aunque siempre quedarán latentes otras muchas cuestiones a su alrededor disputándose relevos y primacías.

Los años serenaron mi centro de interés, acompasándolo con la fascinación por la aviación. Recuerdo las acaloradas discusiones escolares –entre las declinaciones de los verbos latinos–por concretar si los Mig-15 soviéticos tenían más tecnología que los F-86, los famosos Sabre made in USAF que sobrevolaban Sevilla dejando truenos que erizaban vellosidades. Las avionetas de doble ala y los vetustos aparatos alemanes con domicilio en Tablada sentirían paralizantes complejos de inferioridad.

Proliferaron noticias periodísticas sobre los “platillos volantes”. Muchos testigos daban su nombre, posiblemente arrepentidos después porque la ironía del respetable encontraba campo abierto hasta la saturación. Mi gratitud hacia ellos: plantaron simientes para que más tarde floreciesen lógicas deducciones, porque tanta gente dispersa y polifacética no podía estar loca. Descartados los visionarios o iluminados –nuestra especie los produce en cualquier época– quedaban testigos cualificados, incluidos pilotos militares y civiles, cuyos testimonios ocuparon mi atención. Me crispaban la proliferación de chistes, filón para las páginas de humor, las llamadas “serpientes de verano”, los hombrecillos saciados de clorofila marciana como si en nuestro vecino Marte regalaran las verduras.

A los políticos de la época les llegaron muy bien los “platillos” al desviar la atención hacia otros problemas de especial gravedad. Con el paso del tiempo cambiaron las tonalidades y hoy, en parte por el omnipresente fútbol, droga social por excelencia, los ovnis cedieron la vez. Sin embargo, algunos señores formularon preguntas en los parlamentos y los contribuyentes norteamericanos exigían aclaraciones a los candidatos en las campañas presidenciales. Otros, los poseedores de moderados escepticismos, pensamos en la razonable existencia de pactos secretos entre los alienígenas con las distinguidas agencias de inteligencia.

Comencé a mirar al cielo; compré un prismático barato, apaño que sirvió para sobrecogerme ante una Vía Láctea imponente; comencé a disfrutar del mayor espectáculo gratuito y comprendí que somos una parte minúscula de un Cosmos donde quedará escrito el presente, el pasado y el futuro. Tuve que aceptar que sólo la fantasía posee probabilidades para ser verdadera. La visión celestial nocturna en una noche invernal constituyó mi mejor texto para reflexionar y abandonarme al más colosal de los misterios. Creo que los hombres quedamos ciegos por la perturbadora iluminación de las ciudades y perdimos referencias fundamentales para potenciar nuestra privilegiada condición de pensadores.

La curiosidad me introdujo en ese grupo de gente cuyo pasatiempo favorito consiste en preguntarse los muchos porqués que nos interrogan más allá de esta modesta Tierra, vivienda situada en un barrio marginal de una de las millones de galaxias que, alocadas, sobrecogidas y obedientes se expanden. Y con la aceptación de lo inevitable, acepté la famosa frase de Einstein: «Tú mismo debes ser tu único modelo, aunque resulte espantoso».

Caminé por un sendero de cautelas dada mi profesión: maestro de un famoso colegio religioso de serias hechuras, y más en aquellos años sesenta. Alguna vez elegí a interlocutores para manifestarles mis cuitas, llevándome algún reproche con miradas significativas: «Hombre, amigo Manolo, me dejas bloqueado, ¿cómo una persona tan formal puede creer en cuestiones inconsistentes? Sabrás la imposibilidad de que vengan del Sistema Solar, suficientemente explorado y…, entonces, ¿acaso de un planeta que orbite en la estrella más cercana que está a cuatro años-luz? ¿tan estúpidas pueden ser unas inteligencias extraterrestres como para recoger muestras, hacer cuatro pantomimas y aparentemente estudiarnos?».

Bueno –o mejor, malo, me decía–, que arrío el velamen y dejo el barco atracado hasta la llegada de alisios favorables, reconociendo que en un mar embravecido todos los barcos se zarandean. O, dicho de otro modo: en un contexto ‘estúpido’ actividades inteligentes pueden resultar bobaliconas. Una sensata impotencia me envolvía junto a la pereza para construir convincentes silogismos. «Amigo, claro que comprendo tus razonamientos pero el hecho existe, no se trata de creencias, ni pretendo convencerte de que raros y muy veloces objetos nos sobrevuelan, los captan los radares, son vistos por pilotos, agricultores, pescadores y hasta por los ilusionados curritos que van en busca de sus novias por anónimos y oscuros senderos…Trato de conversar, interrogarte y preguntarnos si tiene sentido la existencia de una sola especie inteligente…».

**La amistad con Joaquín Mateos**

Mis archivadores aumentaban con los artículos, noticias y observaciones, tarea realizada en solitario, sin poder compartirla por carecer de personas afines. Pero al casarme con una mujer nacida en la cercana Gerena me enteré de que un técnico de televisión, Joaquín Mateos Nogales, llevaba desde el año 1954 tras los ovnis. En cuanto tuve ocasión le manifesté mi interés y ambos congeniamos, también por la electrónica, otra afición común. Tenía fama de extravagante, como todo profeta en su tierra, solo amortiguada la excentricidad por su reconocida capacidad profesional. Su talante, indomable ante el desaliento e impasible ante las críticas, lo impulsaba a investigar cualquier indicio. Muchas veces pensé quien iba al encuentro del otro: si Joaquín a por los avistamientos o los ovnis en busca de él. Aun conserva un don especial para intimar rápidamente y desbloquear lógicas resistencias en aquellas personas temerosas de un protagonismo no deseado.

Reparaba los televisores llegados de los pueblos limítrofes, ocasión para preguntarles a los clientes si tenían noticias, aunque muchos anticipaban novedades para informarle de algún caso local o conocido. La zona abarcaba principalmente Aznalcóllar, Olivares, El Castillo de la Guardas y El Garrobo llamándola en algún medio el “pentágono magnético”. Unas irrepetibles tertulias surgían en su taller teniendo como testigos a televisores, aparatos de medida, soldadores, una gran caja con el rótulo ‘Telescope’, algún trípode sosteniendo un foco, una elegante bandera con el signo de Ummo, una batería siempre cargada para alimentar los aparatos usados en el campo… Sus vecinos reconocieron con el paso del tiempo su “razonable locura”: acontecían demasiados testimonios para admitir una epidemia demencial. Alguna vez, cuando le preguntaba a Ignacio Darnaude la causa por la que no entrevistaba decía con su habitual sentido del humor: «¿Pero tú crees que con esta cara alguien me va a contar un suceso extraño? Seguro que lo espantaría. Joaquín, nadie mejor que tú para hacerlo, seguro».

Aprendí con avidez, devoraba una revista editada en Cataluña llamada Stendek, observaba el entusiasmo de mi amigo, su vitalidad al vencer inconvenientes. A bordo de su inconfundible furgoneta de color marrón oscuro visitamos a los habitantes de cortijos y viviendas, componiendo casos, comprobándolos después, estudiando las personalidades: ya dicharacheras, reservadas, o temerosas… Mantuvimos la tensión para instalarnos en el imprescindible escepticismo en pro de la objetividad, tan necesaria para evitar los desbarros. Resultó una época llena de actividad, como surfistas en la cresta de una gigantesca ola.

Curiosamente, y a lo largo de cuarenta años, formamos parte de un anárquico dúo en estrecho contacto con Ignacio, el intelectual maestro que nos surtió con férrea constancia de una documentación actualizada, no solo por su correspondencia a nivel mundial y estar suscrito a revistas inglesas, francesas o norteamericanas, sino por una producción propia de teorías y planteamientos. Permanezco en deuda económica por la enorme cantidad de fotocopias regaladas y por un contenido singular.

Recuerdo que un señor, el ATS del pueblo, llamó al taller de Joaquín para enseñarle una fotografía de unas luces desenfocadas, de atrayente aspecto por las mezclas de colores. Joaquín las observó sin darle importancia, dándole las gracias. «Me has dejado sin palabras, ¿cómo no le has pedido que te la deje para analizarla con tranquilidad?, ¿acaso no tienes la suficiente confianza?». Se sonrió para decirme: «Hace unos días que quedó en traérmela, pero me di cuenta del engaño». Al cabo de un tiempo me comunicó que habló con él: «Te diré la verdad, Joaquín, la saqué cuando conducía, enfocando la cámara hacia las luces de una fábrica. Al revelarla pensé en gastarte una broma». Fue un episodio más, extraño placer, propio de individuos llenos de ganga y con poca mena.

La electrónica nos sirvió para construir algunos “inventos”. Acoplé al motor de un coche de mi hijo un gran disco con una serie de ventanas redondas tapadas por cristales coloreados. Debajo, un par de lámparas alógenas proyectaban las multicolores luces. Lo usamos en ocasiones, hasta conseguir que la Guardia Civil se personase en el lugar, tranquilizada al conocer al autor y explicarle Joaquín el experimento. ¡Cuánto me hubiese agradado escuchar los comentarios de regreso a su cuartel! Sin embargo, viene a colación comentar que algunos números de tan disciplinado cuerpo le comentaron confidencialmente personales experiencias.

Fabricamos aparatos más sofisticados, como detectores de presencia y magnetómetros, sin resultados. Con simpática resignación aceptamos que fuimos unos “cazadores de ovnis” fracasados, lamentándolo a veces: «Poco sentido de la justicia tienen nuestros “amigos”, para tantos esfuerzos qué escasas recompensas…». Porque nuestra lógica poco parecido debe tener con la exhibida por la gran familia extraterrestre. ¿Quiénes son?, ¿qué parentesco tendrán? , ¿qué pretenden?, ¿acaso un enrevesado sentido del humor les conduce a ofrecer tan disparatado espectáculo? En mutuos consuelos poníamos como parangón el caso de una hormiga, ajena a nuestra tercera dimensión, de encontrarnos nosotros como hormigas y ellos ubicarse en otras dimensiones, ¿qué entendimiento cabría?

Joaquín trabajaba más de diez horas con un ligero respiro los domingos. Su taller tenía centenares de objetos, decenas de cajas, cables, herramientas, libros de consultas… Sus “papeles ufológicos”, guardados en carpetas, constaban de escuetos datos, elementales. Pero su prodigiosa memoria aportaba hasta los más insignificantes detalles para mi asombro y sana envidia. Sin embargo, como solo él entendía sus notas, llevaba algún tiempo diciéndole: «Debemos encontrar unos ratos para ordenar y recomponer tan copioso material: sería un infortunio la imposibilidad de leerlo algún día». Por fin conseguimos reunirnos y elaborar un catálogo que, de manera escueta, recoge lo fundamental de cada caso. No obstante, sigue resultándome sorprendente su capacidad oral para describir escenas, comentarios, nombres, fechas y detalles de cada caso, compartiendo sus sentimientos, viviendo la ilusión de su vida.

Entre las anécdotas recuerdo una noche sin Luna en la que, paseando por un sendero, unas rítmicas pisadas llegaban con rapidez. De inmediato inicié una carrera hacia los coches, seguido del resto de acompañantes. Entre jadeos, sorprendidos, me decían: «¿Qué te pasó?, ¿Acaso escuchaste algo?». A duras penas, con esa risita nerviosa indefinible les interrogaba: «Claro que oí unas pisadas y, entonces, ¿vosotros no?». Pues solo yo las escuché y el resto, sin saber la causa me siguió en una insensata carrera». Ante el ridículo suceso reconocí la ausencia de la imprescindible fortaleza de ánimo para aguantar un deseado encuentro con seres diferentes, de intenciones imprevisibles, quizá procedentes de otros mundos. ¿Tanta mentalización y deseos para huir despavoridos?

**La visita a don Enrique López Guerrero**

Aquel reportaje del periodista Benigno González en las primeras páginas del ABC de Sevilla en 1968 me dejaron perplejo. Resultaba fuera de toda normativa y discreción que un sacerdote, don Enrique López Guerreo, doctor en filosofía con laureada latina, en plena vigencia de un Concordato con el régimen de Franco, afirmase que una civilización procedente de UMMO nos visitara desde hace años, dispusiese de naves con una tecnología revolucionaria y mandase cartas dirigidas a concretas personas, también a él, donde aclaraban aspectos íntimos de su planeta. Aunque cualquiera sabe que la locura puede anidar en todo sapiens, existen hueveros de distintos tamaños. Supe que recibió alguna advertencia del Palacio Arzobispal (desafortunada denominación para residir un clérigo) referente a la lógica discreción curial. La teología ya aceptaba que la vida inteligente puede existir en otros planetas, aun por simple estadística, aunque, pienso, que a la mayoría de las iglesias no les agrade demasiado eso de navegar en un río con demasiados afluentes.

Su invariable porte con clergyman, sombrero negro y maleta de documentos a juego, irradiaba la elegancia de un diplomático vaticano. Peregrinamos a la casa contigua de su parroquia de Mairena del Alcor un grupo de amigos con la ilusión de intercambiar opiniones en los temas de nuestros anhelos. Aunque debo rectificar: quien acaparó la palabra fue él, parsimoniosamente, ajeno al paso de las horas. Tanto pontificó que el auditorio comenzó a sentir el hambre y los ummitas quedaron aparcados para una segunda o tercera fase. Charló sobre lo divino, lo humano y casi nada sobre el principal objetivo de nuestra visita: leer o saber qué le decían sus lejanos amigos en sus epístolas. Ante la imposibilidad del diálogo, dado el monumental monólogo, me dediqué a observarlo, deduciendo que poseía una singular personalidad. Celosamente guardaba el secreto como una señorita de las de antes, que muy poco a poco permitían a sus amantes la conquista jerarquizada de sus lindos cuerpecitos.

Recuerdo a mi amigo Joaquín Mateos devorar una perdiz cuando, por fin, pudimos llegar a un restaurante, verdadero oasis en medio de un desierto informativo. No sé si otros, más perseverantes, lo intentaron con posterioridad y, como prevenidos dromedarios, fueron con los estómagos bien pertrechados. Pero un servidor no lo intentó más. El bueno de don Enrique disfrutará en el paraíso de pacientes auditorios, se lo deseo con la esperanza de que no me eche en falta.

Años después, en 1978, escribió un libro de 618 páginas de muy difícil lectura, según opinión generalizada. Los títulos de algunos capítulos ponen de manifiesto una catequesis camuflada: «Redención y encarnación. Las consecuencias de nuestro pecado original. El mundo angélico y el magisterio de la Iglesia. La Sagrada Escritura y la ubicación del infierno. Un texto desconocido de santo Tomás de Aquino actualizado por Pablo VI. Cristo, centro de todo el universo…». Poco antes de fallecer supe que un personaje de la sociedad sevillana lo invitó a su casa, desviviéndose en atenciones y con la ilusión de que le comunicase un asunto del máximo aliciente. Transcurrido el tiempo, intactas las expectativas de los presentes, y aunque dieron buena cuenta de los manjares culinarios, quedaron con las boquitas intelectuales tan abiertas como al principio. Porque al genuino don Enrique, de pronto, le entró una prisa repentina partiendo raudo hacia su querido pueblo.

Hubo una época en la que sus numerosos seguidores tenían que pedirle cita previa. Uno de ellos, muy amigo de don Enrique, me dijo confidencial y categóricamente: «He llegado a la conclusión de que padece algún trastorno. Dejé de visitarlo». El que suscribe no sería capaz de asegurarlo pero con frecuencia se refería a un Satanás de carne y hueso, habitante entre nosotros. Pienso que una cosa es que hagamos mención al Ángel Caído, raíz de todos los males según la ortodoxia católica, y otra mirar todas las noches debajo de la cama por si Satán se esconde para llevarnos a su candente morada.

Recientemente, mi amigo Moisés lo visitó, siendo recibido con extrema amabilidad. Le manifestó que había estudiado su libro a fondo y accedió a una entrevista para la revista *Más Allá,* que resultó magnífica –nada extraño al estar en las expertas manos de tan eficaz amigo–. Antes de su publicación la censuró sin objeciones. Pero los encuentros posteriores fueron anulados porque, al aparecer, una colaboradora de don Enrique le advirtió de que Moisés escribió un libro titulado *El negocio* *de la Virgen* donde coloca a la Iglesia en discutible lugar, aparte del ateísmo de su autor. Manifiestamente irritado le mandó una carta de absoluta ruptura por sentirse engañado.

Creo que don Enrique olvidó una hermosa recomendación del Maestro de Nazaret cuando afirmó su deseo de redimir a los descarriados, dado que los buenos no lo necesitaban. Son oportunidades o retos –según se mire– que algunos sacerdotes desperdician.

**Comentarios sobre curiosidades históricas con algo de filosofía**

La observación de unos platos voladores por el hombre de negocios Kenneth Arnold a bordo de su avioneta en el año 1947 marcó dos hitos: la desafortunada descripción al llamarles “platos o platillos volantes” y la entrada en la moderna ufología.

Sin duda que sofisticados estímulos ejercitaron mi mente, por ejemplo el magnífico libro de Jacques Vallee, *Pasaporte a Magonia.* Algunos párrafos los sigo releyendo desde 1976: «Hemos tenido que observar cuidadosamente el carácter camaleónico que revisten las características secundarias de las observaciones: la forma de los objetos, el aspecto de sus ocupantes. Sus supuestas declaraciones varían en función del medio cultural sobre el que se proyectan». Tampoco olvido la opinión de Hynek, astrónomo, profesor y ufólogo: «O bien los humanoides son de origen extraterrestres, o bien las criaturas pertenecen al mismo orden de aquellos entes que según la tradición, la mitología, las leyendas y los relatos religiosos u ocultistas se han mostrado a los habitantes de la Tierra en todas la épocas».

La ufología se dividió, a grandes rasgos, en dos grandes hipótesis: la extraterrestre y otra que explica el misterio por la intervención del psiquismo; pero muchas más se entrecruzan e interfieren. Humanamente resulta comprensible el ansia por encontrar las causas de un enigma recurrente, insólito y en exceso extravagante. Pero solo poseemos la razón que, aun siendo tosca, es la única herramienta al son de los actuales avances que las ciencias nos aportan. El dejar sin ataduras a la imaginación resulta más placentero, aunque existe el peligro de que la demencia socave la cordura y el loco se adueñe del escenario. Sin embargo, el hombre es capaz de cuestionarse no solo lo que ve directamente, sino también lo que, a través de la lógica, intuye. Por lo cual, se plantea el origen del Universo y su metaorigen: su curiosidad lo lleva a ir más allá de lo obvio y cercano.

De Valencia nos llegaban ruegos para que completásemos algunos casos al no haber concretado el ángulo de observación, la hora exacta, el color, el tamaño comparativo, la altura…solo faltaba que contabilizáramos el número de remaches. No contestamos a los ruegos o dijimos claramente la inutilidad de enumerar tantos aspectos técnicos. ¿Cómo transmitir por escrito las sensaciones, experiencias vitales de un testigo que tartamudea, mira sobrecogido, muestra sus esquemas primarios de conducta, te invita a un café y pide que le tranquilicemos?

Miles de casos, aun definidos a grandes rasgos, no aportarían nada porque después del tiempo transcurrido difícilmente dejarán prueba tangible delatadora. Lo decía Einstein: «Las teorías no derivan de los datos, sino del lenguaje libre de la inteligencia». El fenómeno pertenece a la realidad o a mi realidad. Las ‘eternas’ preguntas: ¿quiénes son?,¿qué hay detrás?,¿de dónde vienen?,¿qué pretenden?, ¿por qué no se exhiben? encabezan capítulos en blanco. Ahora bien, iremos presurosos si nos enteramos que un vecino del “pentágono magnético” o de sus alrededores observó un objeto sin identificar. Pero la feliz y apasionante etapa del ‘coleccionismo’ durante la década de los años 70 pasó.

Estas entidades inteligentes realizan un teatral despliegue desinteresado –si bien la gratitud les resultó muy cara a muchos compatriotas–, quizá aleatorio, causando impactos emocionales para que, impresionados los testigos, transmitan sus experiencias. Salvo las agresiones sufridas a muchos, dígase por ejemplo las abducciones, a nivel general y hasta ahora, parece que no existe un propósito descarado de intervención, aunque tengan posibilidades dada la superioridad tecnológica exhibida.

Entonces, instalado en el absurdo, obligado terreno impuesto, nunca entenderé que este insignificante planeta situado en un extremo de una galaxia olvidada entre millones de ellas tenga el menor atractivo turístico para unos lejanos vecinos cosmológicos y, a fin de cuentas, para nada concreto. Pienso que a estas alturas el posible objetivo de mentalizarnos pudo quedar logrado dado el tiempo transcurrido. O nuestra capacidad intelectiva se encuentra en un primitivismo lamentable –nada disparatado, por cierto– o a pesar de sus alardes tecnológicos sus mentalidades tomaron otros derroteros evolutivos.

Una y otra vez terminamos estrellados contra la incertidumbre, duro bloque de hipótesis. De sobra sabemos que la ciencia tiene un alcance, sujeta a su método, llena de limitaciones, miserias y hasta ignorante por unas fronteras que ella misma se ha colocado, pero justo es reconocer sus grandes logros, incluidos los avances en los descubrimientos astronómicos. A través de los ojos del Hubble –por poner espectacular ejemplo– se han observado alrededor de un millón de cuerpos celestes. El ojo humano sólo puede ver unas 6.000 estrellas a simple vista.

Por ello, y aunque solo consistiera en una manera de pensar habría que acogerla con el abrazo más cálido, aunque a renglón seguido nos desesperemos al no entender algo tan ‘simple’ como el paso de la materia inerte a la viva. Pero que quede claro: la ciencia sirve para conocer parte de la realidad y para resolver algunos problemas. Ahora bien, ¿qué haríamos sin interiorizar un poema, preguntarnos sobre qué es la conciencia, las estructuras sociales, modos de gobernar, reparto de la riquezas, la conducta, la dignidad o la ética…?

En este sentido, y a bordo de nuestro rudimentario cerebro, un prodigio de una ingeniería neuronal en evolución, pero limitado por unos sentidos imperfectos que nublan aun más la realidad, la lógica –último paso de la física que escapa a la razón– me dice que dada la diversidad de los objetos volantes, las posibles civilizaciones son muy numerosas, actuando con un mismo patrón de conducta o bajo las órdenes de un implacable jefe cósmico. Y puesto a elucubrar, quizá las naves pertenezcan a otras dimensiones, carezcan de estructuras metálicas, ni sus ocupantes posean tejidos orgánicos. Cuando avancemos en el desarrollo práctico de la mecánica cuántica, repito, –apasionante posibilidad en la cual confío– algunas interrogantes puedan disiparse.

Ahora bien, ¿podemos afirmar que son objetos y vuelen? ¿instalados en nuestro subconsciente? ¿quién o quiénes son los directores del elaborado teatro cósmico bajo la orden de una elusividad recurrente e histórica? Pero la acumulación de cientos o miles de datos no resulta posible falsear en su totalidad, confirmando una distancia tecnológica apabullante. ¿Acaso dominan el arte del camuflaje con sistemas impensables? ¿qué ética poseen para entremeterse en nuestras vidas? ¿nos encontramos en la prehistoria del fenómeno o asistimos a sus finales antes de su definitiva presentación ante la ONU? ¿seremos nosotros los que nos interceptamos? Por teorías que no quede, ejercicio circense que pone en forma la totalidad de la musculatura neuronal.

Al decir esto, puede que los años te anclen en aquello de “Cualquier tiempo pasado…”. Creo que la ufología vive más de los tiempos remotos –paradojas de la modernidad– demolidos por Internet, lugar donde los fraudes proliferan en cantidad y sofisticación, que de un presente innovador. Ahora me da pereza ver los muchos vídeos, no solo por lo anteriormente dicho, sino por mi imposibilidad para comprobar su veracidad. Sin embargo, tienen algo o mucho de positivo al provocar preguntas a una parte de la juventud que inicia su caminar hacia tan peculiar enigma.

No obstante, manifiesto mi admiración por la gran cultura ufológica que poseen muchos jóvenes, sobrepasando con creces a aquellos albañiles –entre los cuales me incluyo– de los años cincuenta y sesenta. Los diseños arquitectónicos de los actuales ufólogos, sus planificaciones basadas en amplias culturas, los colocan a unos niveles impensables años atrás.

La literatura sobre ovnis comenzó a saturar las librerías, filón para que muchos escritores vertieran infinitas hipótesis, bien construidas, admirables por su originalidad, fruto de unas imaginaciones portentosas. Pero una imperturbable meta las acogía con una enigmática sonrisa y concretas palabras: *Acéptalas, pero no las creas*. O sea, nada de nada, como al principio pero aún peor.

Suele ocurrirle a muchos. Comencé con la certeza del origen extraterrestre pero otras hipótesis surgieron porque el teatral espectáculo dio paso a los intríngulis de lo oculto. Me llevó de la mano hacia el nuevo planteamiento mi querido amigo Ignacio Darnaude que, experto en el arte de la metáfora escribió: «Lo que diferencia al ovnílogo de un transufólogo es que el segundo les ha visto el ‘plumero’, sabe que se encuentra arrellanado en el patio de butacas contemplando la comedia alienígena representada en el escenario planetario».

Sin descartar nada, presidido por una postura recelosa pero provista de grandes dosis de aceptación, seguiré a la espera. Sé que la calma puede prolongarse hasta la eternidad, lugar donde otros ufólogos fallecidos dialogarán, quizá a la expectativa de la ilusión que marcó sus vidas. A lo mejor el asunto resulta mucho más simple y la complejidad se la proporcionemos nosotros, fruto de un ansia compulsiva.

Al escribir las permanentes conjeturas sonrío como aprendiz de filósofo, divertido, satisfecho y vanidoso porque, aunque ocurra lo esperado, moriré complacido por haber empleado parte de mi vida en pensar. Al decir esto, creo que la filosofía ha reducido tanto sus indagaciones en los últimos tiempos que solo nos va quedando conjeturar sobre su lenguaje. Hoy veo muy lejos a Aristóteles o a Kant. Los aficionados a preguntarnos lo muchos porqués, aprendices de filósofos, hemos quedado rezagados al paso de las teorías científicas. ¿Qué pensador podría explicarme que puede haber estrellas que son más viejas que el propio Universo?

Nunca me dio por el proselitismo, vulgar tentación enraizada en muchos. Pienso que la mejor pedagogía consiste en proponer con atractivo, aupando a la duda como trofeo a conquistar. Pues igual que un día, inexplicablemente, mi interés tomó un rumbo, otros seguirán sus propios senderos, tan intransferibles como la singularidad de cada cerebro.

Fenómeno provocador ante el cual conviene blindarse con grandes corazas de paciencia. Se exhiben sin recato, guiñen, y emprenden una huída veloz, quizá avergonzados ante la inocencia de unos terrícolas que llevan en su genética dirigir mágicas miradas a los cielos. Los ufólogos o terminamos en las consultas de los cirujanos maxilofaciales por las dilataciones de las mandíbulas o poniendo a prueba la salud mental de los psiquíatras. Solo hay un arma que conviene tener siempre a punto, más defensiva que atacante: la ironía, magnífico refugio para sobrevivir al arte de Melpómene. Me convencí: o me hacía otro Noé, no necesitado de mirar a brújula alguna, o solo me preocupaba por flotar en el mar de la especulación.

**Los buscadores de los buscadores**

Existen los buscadores de ovnis, un complejo mundo los rodea, y los buscadores de los que buscan ovnis. No recuerdo quién dijo, quizá con desesperación: «Por favor, dadme una idea que yo la desarrollaré». Una buena idea vale más que todo el producto resultante y si alguien lo duda que se lo pregunten a los profesionales de la industria o de cualquier actividad, incluida la política. A nuestro pequeño círculo llegaron en solicitud para obtener nuestros casos muchos divulgadores, dígase escritores. No dudo del arte de los elegantes y persuasivos barmans, siempre al hallazgo de sofisticadas mezclas de ingredientes: refrescos, leche, alcohol, frutas, jugos, especias… para mezclarlo en la coctelera y obtener sabores genuinos. Nosotros fuimos los ordeñadores, los recolectores de las frutas, los taberneros y demás oficios suministradores de materias primas para los barmans, los escribidores de libros.

Es verdad que ocultando los conocimientos te emparentas con los avaros –algo similar les pasó a los vikingos: que descubrieron América antes que Colón y solo mucho después nos enteramos– y, entonces, para evitar el resquemor del egoísmo dimos el total de lo hallado. El quid de la cuestión no solo estriba en los dividendos que proporciona la edición de libros, sino en el peligro de los dedicados exclusivamente porque la necesidad les obligará en ocasiones a batir contaminados brebajes. No obstante, certifico mi absoluto respeto y admiración por los libros buenos, alegrándome de que constituyan un medio para el vivir de sus autores.

No hace mucho comenté el asunto con Ignacio Darnanude; pero él, que no pertenece a este aldeano mundo, me decía que la generosidad lo apresó: «Todo lo que poseo está disponible. Siento una gran satisfacción dando, y sólo me entristece que a muchos, a los que les regalé elaborados trabajos, fruto de muchas horas, ni se acuerden para escucharles alguna que otra vez: «Ignacio, me alegro de saludarte, te recuerdo con permanente afecto».

En el mundo de la ufología brotaron personajes donde la condición humana quedó marcada: abundaron rencillas de alquimistas y surgieron conjuntos, subconjuntos y conjuntos de subconjuntos, donde los protagonismos hicieron de topos socavando la principal virtud: la sencillez. Conste que tampoco sería capaz de arrojar el primer proyectil.

**La llegada de Ignacio Darnaude**

Ignacio, Joaquín Mateos y yo nos citamos en un bar de la Avda. Reina Mercedes sobre los primeros años de la década de los ochenta. Tenía mucho interés en conocerlo y Joaquín me lo presentó. «Ignancio –le pregunté– ¿qué es eso de Ummo?». Y con su porte de caballero inglés, fuerte vocalización, catedrático de una asignatura imposible de aprobar, contestó. «Una cosa es la Ufología y otra Ummo con sus cartas. Los humanos, por muy cualificados que estén, no pueden elaborar tantos informes de tan alto nivel y lo más sorprendente: sobre materias muy diversas y con un inconfundible estilo literario. No pueden ser de aquí. Sólo sabemos que alguien tuvo que escribir el millar largo de páginas. Todo lo demás constituye una de las más inteligentes filigranas de incertidumbre tejidas en el escenario de la historia humana».

Recientemente, el inefable José Luis Jordán Peña le dijo a Ignacio que él fue el autor de la pesada broma ummita, algo que rechaza rotundamente: «Tú, a lo más, has podido escribir las 1.300 páginas como un simple oficinista y simular telefonazos falsos. Es imposible que un solo hombre posea tamaña genialidad».

Entonces andábamos experimentando detectores magnéticos para registrar el paso de ovnis pues hubo casos que alteraban brújulas, bloqueaban los motores de explosión o magnetizaron carrocerías, como la del coche de Adrián Sánchez. En otra ocasión, Ignacio nos presentó a un amigo ingeniero que nos proporcionó unos interruptores encapsulados y nos refirió que en Brasil un señor colocó en un taladro imanes, elevándose al alcanzar suficientes revoluciones. A partir del encuentro Ignacio constituyó un referente. Colaboramos durante años mandándoles informes que traducía al inglés y al francés para revistas especializadas. «Gerena –nos decía– es más conocida por los ovnis que por sus famosos adoquines de granito».

Estas memorias necesitarían muchas páginas para enumerar la extensa correspondencia mantenida entre ambos, a pesar de vivir cercanos, más intensa antes de la llegada de Internet. Un día lo visité en su antiguo domicilio y me quedé estupefacto ante la contemplación de su biblioteca. «Sé que la pregunta resulta tan indiscreta como la de preguntarle a un padre a qué hijo quiere más, pero ¿cúal de ellos es tu preferido?». Se dirigió hacia la derecha, bajó de altura y sacó un minúsculo libro de Gurdjíeff, el políglota armenio,titulado “¿Para qué vivimos?” , que hoy puede leerse completo en la página web de Ignacio.

Una de los primeros comentarios que le escuché fue: «A principios de los años cincuenta compré en una librería de Madrid un librito argentino titulado *El misterio de los platos voladores*, de Cristian Vogt, que trataba sobre los OVNIs, y desde entonces el mundo se convirtió en un pretexto para sondear quiénes eran y de dónde venían».

Repetidas veces le digo su influencia en mi estructuración mental, muchos de sus pensamientos necesitados de permanentes reflexiones. Provisto de un profundo sentido del humor, aliado de la inteligencia, de una paz de espíritu envidiable, sabe escuchar y motivar. Conservo con esmero sus incontables documentos que, encuadernados y colocados en un lugar privilegiado de una modesta biblioteca, conocen el tacto cariñoso de mis manos. De inigualable literatura, emplea palabras y expresiones tan originales que una pequeña frase lo identifica. Constituye un faro de la ufología mundial, generosa luz para el que solicita asesoramiento, documentación o amena charla en su acogedor piso en el corazón histórico de Sevilla. Su gran sencillez se resume en una frase: «Nunca he poseído discípulos. Si los hubiese tenido, el pretendido gurú habría aprendido en todo caso más de dicha interacción que el supuesto chela».

Tengo pendiente ampliar las primeras doscientas ideas que extraje de sus documentos, difícil pretensión que –no quiero pensarlo– pudiesen algún día desaparecer. Porque, aunque el caso no es remotamente comparable, al fallecer el inolvidable Antonio Ribera su enorme documentación terminó una parte en los contenedores y otra esparcida por las calles. Sus allegados, seguro, no valoraron el mérito del querido ufólogo catalán. Ignacio sintió profundamente su muerte y los últimos tiempos, transcurridos en circunstancias difíciles. Dijo una vez de él: « Cuando los platívolos eran el gran hazmerreír de España, tú, Antonio, sin temor al riesgo ni al ridículo, nos iniciaste en la vasta trascendencia de los aparatejos que merodeaban impúdicamente por la atmósfera, capaces de trastocar el curso de la historia humana, y tan providencial bautizo no lo olvidamos».

A sabiendas de la imposibilidad de resumir el pensamiento de tan polifacético ufólogo, recojo una pequeña reflexión: «Me inquietó el giro mesiánico. No escuché a nadie recomendar prudencia en el contacto, precaución en el encuentro o, al menos, resistirse a renunciar al propio criterio en el análisis de las informaciones».

**Manuel Osuna**

Ignacio me presentó a Osuna en Sevilla –ya tenía problemas de salud– y, con cierto lamento nos dijo con su potente voz de maestro: «¡A que me voy al otro mundo sin saber gran cosa de los ovnis…!». Fue un pionero que en aquellos años 50 soportó los envites de los sensatos. Hace un par de años estuve en su pueblo, Umbrete, y entrada la noche le pregunté a un anciano, solitario lugareño, por la casa donde vivió, diciéndome que sus hijas apenas iban, recordándolo, como no, por su dedicación a la Ufología y al magisterio que ejerció durante muchos años. Estuve un rato en su puerta,situada en una calle umbreteña que en la actualidad se denomina “Manuel Osuna Llorente” , en silencioso homenaje a quien en sus buenos tiempos constituyó un centro de atracción. Tenía ‘corresponsales’ distribuidos por el Aljarafe, entre los cuales estaba Joaquín Mateos, pero después de un periodo de colaboración, dadas las puntualizaciones que le exigía, con alguna que otra riña –deformación profesional de todo maestro– Joaquín decidió emprender su propio camino.

Precisamente en Umbrete, cuando un grupo de ufólogos degustábamos una noche su famoso mosto, entre los cuales se encontraba Benítez, surgió el tema de Ummo y el libro de Urantia, fuentes que le sirvieron de base para escribir sus Caballos de Troya, motivo por el que le denunciaron los urantianos por plagio. ¡Quién nos iba a decir que escribiría nueve volúmenes! Con una habilidad innegable, Benítez plasmó datos fantásticos para enmarcar la vida de Jesús para darle un aliciente misterioso, casi esotérico. Y bien que lo consiguió. Conozco a personas universitarias, incluso religiosas, que han disfrutado leyéndolos, aunque incapaces de leer un Ricciotti ─libro que leía Mussolini antes de morir─ a Lagrange, o Fulton Sheen. Tiene su explicación: el hombre de hoy necesita más una atractiva historia de Jesús que la exactitud de los hechos. Esto no agrada a los intelectuales pero ellos no aciertan a describir con el necesario atractivo ese personaje histórico del cual apenas sabemos nada.

A mediados de los años setenta saltó el caso de *El Condesito*, investigado por Osuna y Marvizón –últimamente publicado en un libro escrito por el famoso meteorólogo–, probable contacto tecnológico con seres extraterrestres. Asistí a una charla de ambos y al terminar le pregunté a Marvizón por su hipótesis, diciéndome: «Ninguna».

Cualquiera que lea los casos originales de don Manuel Osuna comprobará sus originales formas de expresión empleadas para describir los muchos incidentes que investigó. Ignacio me animó para que recompusiese unos cuantos, fotografiados de los originales, ampliados después en la fotocopiadora. En pro de la síntesis recogí, cual amanuense provisto de lupa y paciencia, lo fundamental. Resultó una experiencia porque disfruté de su peculiar forma de escribir, de un barroquismo exuberante, muy acorde con una personalidad arrolladora, pendular, única, de exigente fidelidades. Comprendí la enorme dificultad para editar sus numerosos escritos –loable intención de su amigo Laffitte– al presentárselos a Alianza Editorial. Su amigo Ignacio tiene escrita una insuperable semblanza titulada: “Manuel Osuna en la Ufología española”.

**Amigos y conocidos por la ufología**

Un día le dije a un alumno, sobrino de don Julio Marvizón: «Dile a tu tío que deseo saludarle, tenemos amigos comunes». Como pasaba el tiempo y el chico callaba le manifesté mi extrañeza: «Don Manuel, dice que busca informes suyos». Quedé estupefacto. Los dos amigos comunes eran un ingeniero industrial que estudió en el mismo colegio y después en Madrid la ingeniería, y otro que trabajaba en el Aeropuerto de San Pablo; más el ser yo, precisamente, profesor de su sobrino. Al parecer, o no consiguió ampliar mis referencias o quedó insatisfecho, algo que me alegró porque evitó mi decidida negativa por sentir una cierta humillación. No hace mucho lo saludé en compañía de otro amigo y me saludó amistosamente, sabiendo sobradamente quién era. Pude aclarar el asunto, pero al llegar a ciertas edades la pereza o el sentido práctico socaban orgullos de antaño.

Sobre mediados de los años 1970 hicimos una gran amistad con Juan Doblado y su hermano Tomás. Durante mucho tiempo fueron a los alrededores de Gerena para observar. Pasaban los días previos con ansiedad, ilusionados y confiados en ver algún fenómeno anómalo. Y, rara era la ocasión en que no presenciaban el paso de alguna esfera luminosa, deteniéndose o haciendo movimientos extraños. Entablamos amistad y durante una época hicimos observaciones comunes, pero sin resultados.

El 5 de abril de 1979 estuvieron los dos solos y ¡vaya casualidad! vieron un espectáculo. Una luz rosa que pasó a blanca, intensísima, descendió a unos 50 metros de donde se encontraban, iluminando el campo como si fuese pleno día. Perdieron la serenidad y, al no encontrar un refugio se metieron debajo del coche. Cuando la oscuridad volvió y recobraron el ánimo se dirigieron al lugar donde la vieron descender, pero sin resultados. A la mañana siguiente volvieron al lugar, rastreándolo con detenimiento, sin el menor logro.

En muchas ocasiones lo he comentado. Cuando la mentalización presentaba un grado alto, concentrados en la soledad de la noche, el porcentaje de avistamientos resultaba alto. En cambio, al estar en un grupo numeroso donde la inevitable dispersión se producía dejaron de ver. ¿Acaso los procesos mentales fueron los agentes cebadores? Tomás dirigió programas de radio sobre estos misterios en una emisora que desapareció.

Hacía tiempo que Joaquín Mateos hablaba elogiosamente de Moisés Garrido, hasta que llegué a conocerlo personalmente. Constituyó una agradable sorpresa comprobar su ‘doctorado’, no solo en la Ufología sino en otros muchos aspectos: fenomenología religiosa, grupos sectarios, fenómenos paranormales... La mayoría de las revistas especializadas han puesto sus páginas para plasmar sus excelentes artículos, igual que muchas emisoras emitieron la oratoria del amigo. Su largo caminar –era un niño cuando se interesó– lo llevaron a un optimista escepticismo, postura que comparto.

No recuerdo el comienzo de mi amistad con un señor, controlador de aviación, padre de un alumno. Tuvo experiencias con objetos volantes sin identificar desde su privilegiado lugar profesional. Pero, al hacerle unas declaraciones a un periodista, publicadas en ABC, el jefe lo llamó: «Don Ramón, ¿cómo se le ha ocurrido? ¿acaso desconoce la prudencia que debemos tener ante unos asuntos que alarman? Puede que le abra un expediente». El pobre lo pasó mal, argumentándole la habilidad del periodista para sonsacarle.

Un brigada de aviación, residente en Gerena, destinado al puesto de control de El Judío, nos dijo a Joaquín y a mí que resultaba muy frecuente ver en las pantallas del radar las enormes velocidades de algunos ecos metálicos. Ni le prestan atención, dicen: «¡Bah!, otro ovni».

Hubo una época en que José Antonio Gallardo, nacido en Bolivia, venía desde Málaga para observar en el entorno de Gerena. Teníamos largas charlas nocturnas en el campo, disfrutando de su amplia cultura. Nos aseguró que los ovnis pasaban a intervalos definidos, quedándonos sorprendidos. En otra ocasión dijo que eran muy curiosos, acudiendo a lugares modificados por algún elemento: la construcción de una carretera, la poda de unos árboles… Afirmó que su brújula quedó desorientada una noche, desmagnetizada, sin causa aparente. Recuerdo una de sus frases: «Manolo, todo consiste en las vibraciones».

Mi hermano me presentó a un compañero que tenía mucho interés por los ovnis, Antonio Moya. Le presenté a Joaquín y a Ignacio Darnaude, llegando a tener con éste una estrecha amistad. Aprendió con suma rapidez, ilustrando muchos casos como experto dibujante. Al dominar el francés leyó el libro de *Urantia*, tratado cosmológico de considerable extensión. Tuvo la feliz ocurrencia de emplear el concepto *elusividad* para sintetizar un principio: los protagonistas de los misterios (pido disculpas por la ambigüedad) practican el arte de aparecer esporádicamente para que permanezcamos en una vigilia permanente. El hallazgo le permitió a Darnaude un desarrollo con tal extensión que escribió un libro, más otros muchos artículos.

A los hermanos Francisco y Manuel Borrero los conocía desde muchos años atrás, pero hasta hace poco desconocía su interés por la ufología. Persisten en el interés y permanecen perplejos por la ausencia de noticias en los últimos tiempos. «La ufología –me comentaban– está pasando por una depauperada situación. Antaño los incidentes que llegaban a las redacciones eran publicados más o menos mal. Pero hoy día los muy abundantes visitantes interplanetarios han desaparecido de los medios de comunicación». Sigue en mí el grato recuerdo de una tarde en casa de su hermano José –lamentablemente fallecido– en compañía de Darnaude donde le dimos un amplio repaso a la situación. Son muy amigos de Antonio Petit, al que Osuna le dio la totalidad de su documentación. También de Ruesga Montiel, autor del Proyecto Catares, incansable investigador, divulgador y persistente en su objetivo de integrar la ufología andaluza.

No conozco personalmente a Ramón Navia, aunque estudiamos en el mismo colegio hace muchos años. Comentaba: «Cuando leí los primeros artículos de Francisco Silva ─que había sido agente de la inteligencia argentina─ comencé a comprender las abducciones en los EE.UU.». A raíz de solicitarme un vídeo sobre los ‘chupacabras’ o depredadores de animales mantuvimos una correspondencia, agradeciendo en exceso el envío. Seguidor pertinaz, acude con frecuencia a Hispanoamérica para investigar algún caso. Me ha mandado en muchas ocasiones una revista por Internet con interesantes artículos. Algún día la comunidad ufológica apreciará su concienzuda labor divulgativa centrada en esas extrañas entidades exobiológicas.

Hace poco conocí a Lourdes Gómez, joven periodista enamorada de los ovnis. Posee una cultura ufológica sobresaliente, produciéndome una grata sorpresa, no solo por ser la primera ufóloga que conozco, sino por otras cualidades como la simpatía, inteligente conversación, saber estar... Pasamos un rato inolvidable en el cumpleaños de Ignacio Darnaude junto a otros amigos. Acaba de publicar su primer artículo en la revista *Más Allá* titulado *El pentágono magnético de Extremadura.* Deseo que su vocación encuentre sus máximas aspiraciones, dándole un testigo simbólico junto al de mis veteranos amigos.

No tuve ocasión de conocerle en persona, pero sus escritos me produjeron un lazo afectivo. El 24 de febrero de 2012 falleció –y mucho que lo sentí– don Manuel Barrios, insobornable intelectual, autor de unos 70 libros y con unos 40 premios. Sensible hacia el mundo del misterio, redactó algunos trabajos sobre ovnis. Escribía en ABC en el año 1999: «Gracias al informe de noventa páginas que el Servicio de Inteligencia francés ha remitido al presidente Chirac y al ministro Jospin, en el que científicos y militares, pertenecientes al Instituto de Altos Estudios para la Defensa Nacional (Ihedn), se manifiestan abiertamente a favor de la existencia del fenómeno OVNI, e incluso sus autores agrupados bajo las siglas de Cometa, no descartan la procedencia extraterrestre de tal fenómeno». Terminaba: «¿Son, como se dice, seres superiores que han alcanzado un altísimo grado en la cadena de la evolución? ¿O son, simplemente, especies dominadoras de la técnica más avanzada, pero ignorantes de todo lo demás? Pregunto a mis buenos amigos Ignacio Darnaude, Julio Marvizón, Enrique Vila, Juan G. Atienza y Fernando Jiménez del Oso: ¿Pueden ser superiores unos seres embusteros, engañadores, desconsiderados, sin filosofía, literatura, artes plásticas, religión, historia, música, que fingen, manipulan y matan?

**Algunas declaraciones sensacionales**

Me parece que los amantes del tema deberíamos recurrir a la prudencia como compañera de aventuras para no quejarnos después de ser tachados de visionarios o dementes. Si a muchos de los que deambulamos por esta ufología y ramificaciones afines nos rechinan algunas cosas, ¿cuánto no le espantarán a otros que por una curiosidad inicial se aproximen?

Un lejano día llegaron a Gerena un grupo de jóvenes interesados por la fama de Joaquín y, después de una larga tertulia en su casa, marchamos al campo para una experiencia psíquica. Nos sentamos en círculo y permanecimos con un pensamiento común: visualizar un fenómeno paranormal. Al cabo de un rato oímos un clic metálico del tubo de escape de un coche aparcado a escasa distancia. De inmediato, uno de los muchachos dijo: «¿Habéis oído? ¡Ya están aquí, es una señal…!». Con la benevolencia que el asunto requería le convencimos para que admitiese que el enfriamiento de los metales produce dichos sonidos. La vehemencia, ilusión o pura sugestión han ocasionado, a veces pícaramente o ingenuamente en muchas otras, conclusiones no deseadas.

Por un principio elemental educativo, ante la contundencia al expresar algunas aseveraciones, unas veces en la televisión y otras en periódicos o emisoras, uno, que no tenía acceso a informaciones tan secretas, terminaba en un respetuoso silencioso. Recuerdo una mesa redonda en el Colegio de Médicos de Sevilla, el 27 de marzo de 2000, formada por Benítez, J. del Oso, Marvizón y E. Villa en la que el primero dijo: «Un ochenta por ciento tiene aspecto humano. Hay más de tres mil tipos diferentes. Nosotros solo accedemos a un diez por ciento. El éxito para los investigadores tiene un incierto futuro. Los que dicen estar seguros o tener pruebas engañan: nada se sabe con certeza», entre otras afirmaciones. Seguro que muchos de los presentes quedarían tan perplejos como yo ante la estadística de las cifras, vamos, que mi amigo tenía acceso a una fuente que ya quisieran la CIA o la KGB. Para a continuación afirmar: «Nada se sabe con certeza». Siguió: «De un gigantesco ovni que aterrizó en los alrededores de la capital de Méjico salieron cientos de coches de una conocida marca japonesa y se internaron en la superpoblada ciudad».

Una nave metálica capaz de albergar cientos de coche debería tener un tamaño tan colosal que su presencia hubiese llamado la atención de miles de personas, no digamos la activación que produciría en los radares. Los conductores cósmicos tendrían un plano detallado de la ciudad para tomar diversificaciones porque de hacerlo caravanescamente los mejicanos hubiesen quedado sorprendido por el colosal despliegue propagandístico de la marca.

El doctor don Enrique Vila dijo: «El gran reto de la psiquiatría era el llegar al fenómeno transpersonal, salir de la mente y dirigirse en un viaje mental a donde se quisiera. Se podrían aclarar muchas cosas, como lo hacen los faquires…». Menos mal que sus palabras entraron en lo desiderativo, un baratísimo medio, totalmente ecológico para viajar al fin del Universo pero de enormes dificultades intelectuales. Ante un científico, de grandes cualidades humanas y de reputada fama sus declaraciones me colocaron o, mejor dicho, descolocaron mi razón: sin duda que me falta mucho por saber.

De momento, la mente del que suscribe no logró desprenderse de sus ataduras, quizá porque su cerebro todavía funciona a bajas vueltas, como un diesel de la primera generación. Me cuesta aceptar y mucho menos creer en los “tulpas”, por ejemplo, seres de apariencia física concebidos por la mente, alimentados por la energía de su creador y de vida independiente. Porque cualquiera de nosotros podría crear aquello que quisiera. Si tuviésemos intención de contactar con un extraterrestre, solo con concentrarnos podríamos darle vida propia y después mantener una conversación.

Me parece que Javier Sierra afirmó en una ocasión que desde 1947 hasta 1992 se estimaba en 100 millones los avistamientos registrados. Considero una exagerada cifra pues daría más de seis mil casos diarios: una alarma mundial sería imposible de evitar.

Reconozco que sigo como un ufólogo que milita en una división secundaria, sorprendido una y otra vez por las afirmaciones de personas a las cuales admiro, mucho más documentadas y versadas, tanto por sus muchos viajes como por sus brillantes inteligencias. Mi escollo estriba –y no me canso de repetirlo– en mi falta de evolución mental, prisionero de unos esquemas en exceso lógicos o, quizá, carezca de fuertes experiencias.

Me comentaba un amigo, poseedor de dos licenciaturas, destacado ejecutivo de una importante industria sevillana, creyente y practicante católico, que un joven se sintió poseído por el Diablo. Acababa de leer unas lecturas bíblicas en una ceremonia religiosa y al terminar entró en el característico trance. «Aquel –me decía conmovido– que haya presenciado una transformación tan completa en una persona normal, nunca lo olvidará». Cuando le comenté la posibilidad de que la posesión diabólica obedeciese a otras causas, comprendí que le resultaba imposible contemplar otros supuestos. Y es que a todos nos cuesta desprendernos de unas ideas primarias o principios fundamentales: los procesos deconstructivos presentan una dificultad extrema.

**La ufología y mis alumnos**

Cuando en el temario tocaba desarrollar el Sistema Solar, aprovechaba la ocasión para sondear a mis alumnos sobre la posible vida extraterrestre, ocasionándome agradables sorpresas. Surgían muchas preguntas que ponían de manifiesto la apertura mental de la mayoría. Quedaban sobrecogidos cuando, a duras penas, trataba de hacerles comprender la magnitud del Universo conocido.

Calculábamos la distancia en kilómetros del año-luz, a Alfa Centauri, al Sol… renunciando cuando les proponía calcular el diámetro de nuestra Galaxia, 100.000 años-luz; les comentaba la tendencia “antisocial” de las galaxias, formando la nuestra un grupo triangular formado por Andrómeda y la galaxia del Triágulo; las comparaciones: si nuestra galaxia tuviese el tamaño de un campo de fútbol la distancia del Sol a Próxima Centauri tendría la longitud de una hormiga… Pude comprobar la idoneidad de estos temas para poner a prueba sus capacidades, presentándome a su vez cuestiones que también me colocaban en difíciles tesituras. Las caras de algunos evocaban poemas.

Reconozco que entonces manifestaba sin ambages mis debilidades ufológicas, a riesgo de que algún padre –abundaban los quisquillosos– lo reprochase. Adquirí una no pretendida fama de investigador que, curiosamente, transcurridos los años, cuando alguna vez me encuentro con alguno, comenta: «¡Cuánto me acuerdo de usted por los ovnis!». Entonces no puedo evitar la sonrisa y una contestación: «Hombre, en primer lugar recibo la alegría de un recuerdo favorable, pero ¿es posible que precisamente los ufos activen tu memoria asociativa?». Deduzco que a pesar de mi autocensura me brotaba el entusiasmo o que la natural tendencia hacia el misterio calaba más en unas mentes vírgenes que otras connotaciones, digamos ortodoxas o, quizá, aburridas.

Me comentó un alumno que cuando hacía el servicio militar en Tablada como miembro de la policía militar, observó junto a otros compañeros el despegue de madrugada de un ‘Hércules’. Cuando llegó al fin de la pista una luz se le situó en la cola, alejándose hasta que desaparecieron. Un brigada los llamó: «Si me entero que algunos cuentan lo sucedido estad seguros que un ejemplar castigo les espera». A mi querido alumno le presté un bloc con una amplia documentación recogida durante años y al no devolvérmela a pesar de mi insistencia, terminó por darme una excusa banal. Las cosas que pasan. Desde entonces sigo reacio a prestar documentos originales.

**El casino de Olivares**

Paseaba un día por el gran patio colegial cuando me saludó un muchacho muy agradable. «Acabo de ingresar como profesor de inglés. Sé que usted está muy interesado por los ovnis y desde hace algún tiempo le doy vueltas al tema, ¿sería tan amable de comentarme sus experiencias con la posibilidad de acompañarle para hacer algunas observaciones?». A partir de aquel día tuvimos muchas charlas, dándome cuenta de que José Luis Hermida poseía brillantez intelectual, dominio de la oratoria y dotes extraordinarias de persuasión, entre otras cualidades.

A partir de aquel encuentro le dedicó gran parte de su vida. Pertenece a una elite de los investigadores y, algo sorprendente: no ha escrito libro alguno. Hace poco lo animaba para que escribiese sus memorias o algún tema más concreto porque, seguro, tendrían mucho más contenido que las presentes letras. No lo descartaba, pero al necesitar tiempo prefería esperar a la ansiada jubilación. Pasamos ratos inolvidables en el casino de Olivares, de rancio sabor a pueblo, en animadas charlas con un grupo de amigos de la localidad, excelentes personas y entusiastas aficionados. Observábamos en los depósitos de agua de dicha localidad, magnífica atalaya para ver Sevilla y el cielo circundante. Una noche divisamos con los prismáticos una luz que se dirigía directamente hacia un avión de pasajeros, haciéndole el piloto repetidas señales con los focos de aterrizaje. Cuando la colisión parecía inevitable se apagó y el reactor siguió su trayectoria. Quedamos sin palabras.

En el recordado casino mantuvimos charlas entrañables y decidimos formar un grupo compuesto por los amigos de Gerena y Olivares, llamándole GEO, dándole un cierto carácter formal, adquiriendo compromisos para funcionar con rigor. Ello implicaba el vernos con regularidad en Olivares pero tanto Joaquín como yo teníamos problemas de asistencia y llegó la decisión de mantener cada colectivo su dinámica.

Allí conocí a Miguel Peyró, un joven ufólogo –años después escribió un libro, *¿Ovnis? Sí, pero…*– al que le escuché por vez primera asegurar que la mente es capaz de crear tras un intenso deseo. Las controversias surgieron porque le argumentaba: «Sabemos que inmensas muchedumbres pasan hambre, quieren y necesitan intensamente llevar algo a sus estómagos, ¿cómo no crean panes para satisfacerla?». Aseguraba Miguel que solo para determinadas cuestiones la creación resultaba posible.

El recordado locutor Alfonso Contreras, hacia finales de 1976, en su programa *No estamos solos* dijo que un bar sevillano estaba regentado por un muchacho de nombre Antonio que tenía cuatro falanges en el dedo meñique, de supuesto origen extraterrestre, característica común de otros habitantes del Cosmos. Según parece, una muchacha con igual anomalía le confesó su origen extraterrestre. Antonio también conoce a un hermano de Marcos Pinel –inventor de un revolucionario motor magnético capaz de lograr energía sin límite – que presenta el mismo rasgo anatómico, al que, asegura, le dictó las características del invento.

Fuimos en varias ocasiones para charlar largo tiempo con un hombre de personalidad difícil que ofrecía cucharaditas de miel y otras de hiel, originando partidarios y detractores. Nos contó una rocambolesca historia: «Tendría unos 13 años cuando fui a torear una noche, raptándome una nave llevándole por regiones cósmicas hasta llegar a un planeta de cielos multicolores, de habitantes en plena juventud, rubios, con cabellos hasta los hombros...». Creo recordar que lo invitaron a torear de salón en una improvisada plaza… por la ausencia de astados, claro. Al regresar después de una semana ausente, su padre le dio una paliza.

Estando así las cosas, a mí sí que me llevaban los demonios por considerarlo desde el primer momento un farsante, prototipo del clásico e inmortal pícaro español. Sin embargo, otros no querían precipitarse en juicios tan demoledores y aguantaron. A veces, el deseo –con el amor ocurre– concede oportunidades para el reencuentro en contra de los fríos criterios de quiénes observan como espectadores manifiestas frivolidades.

Antonio, de notoria fluidez verbal, posee una filosofía llena de loas al amor universal, sorprendiendo sus dotes adivinatorias como el calcular el número exacto de gajos de una naranja. Alude a sus “amigos”, capaces de actuar a sus ruegos tanto para castigar como para premiar a los que él considere.

Un día se presentó en Olivares, y con cierta solemnidad aseguró la necesidad de colocarnos una capa y escudo para, en el campo, de madrugada, presenciar la llegada de ”sus amigos”. También resultaba necesario experimentar la sensación de volar. Entonces, sintiendo que la indignación agotaba mi ya maltratada paciencia, le dije por derecho que se acabó, que comprasen el disfraz otros, que un servidor se iba a Gerena. «Antonio –recuerdo que le dije– debido a los avances técnicos el volar en un avión comercial no produce sensación especial alguna, lo he comentado muchas veces con un piloto de Iberia.

Cualquiera imaginará el diálogo mantenido con Joaquín. Algunos siguieron esperanzados algún tiempo, pero uno continuó en solitario frecuentando su compañía –un tal Javier– que destacaba por su bondad y pertenencia a una familia adinerada, poseedora de una señorial casa en la plaza más céntrica de la localidad. Desconozco el final, pero aventuro que algo crematístico debió olfatear el astuto sujeto. Nos enteramos, pasados los años, que el “torero de capa y espada” compró una modesta casa en los alrededores de Gerena donde acudían visitantes, no sabría decir si incautos o afines a su filosofía. Menos mal que no llamó a “sus amigos” para atacarme con sofisticados métodos que, según aseguraba, poseían.

Me he extendido con amplitud porque la ufología arrastra la pesada carga de episodios como el narrado. Al vivirlo tan directamente lo considero un paradigma, pernicioso para muchos que huyeron desencantados al tratar a personajes como el descrito.

Me dirigía desde Gerena hacia Olivares en mi coche cuando observé una luz anaranjada del tamaño aparente de una pelotita de tenis que con velocidad constante y moderada pasaba por mi vertical a unos quinientos metros de altura. Salí, haciéndole señales con una linterna polarizada pero sin resultados, siguiendo su rumbo hasta perderse en el horizonte. Otra noche, cerca de una torre llamada San Antonio, popularmente “Mocha” colocamos en la cámara fotográfica una película infrarroja y tiramos unas cuantas enfocadas hacia un lugar del cielo. Cuando la revelamos apareció un foco luminoso con una larga estela de luz y, hasta el día de hoy, seguimos sin encontrar una explicación razonable.

El grupo de Olivares tuvo muchas experiencias. Me contaron que una noche, en una concentración nocturna en el campo observaron la llegada de una luz, colocándose en la vertical, proyectando un intenso rayo de luz coherente, viéndose las hormigas y los pequeños objetos. La emoción atrapó una muchacha que comenzó a gritar histéricamente. Al instante el objeto inició una veloz trayectoria y desapareció en la lejanía. Los integrantes del grupo desarrollaron una intensa pero prudente labor de investigación y divulgativa, hasta el punto de que compraron una casa e instalaron una gran cristalera para las observaciones nocturnas, obteniendo logros notables.

El pasado verano, gracias al dinamismo de Moisés Garrido, nos dimos cita en Gerena un numeroso grupo de ufólogos entre los que se encontraban Darnaude, Mateos, Moisés, Hermida, Ortiz, Llamas, más otros, algunos muy jóvenes. Nos reunimos en torno a la Torre San Antonio y pasamos una horas nocturnas de agradable tertulia, unos al final de la vida y otros comenzando, pero todos a cuestas con un afán: conseguir desentrañar el misterio de los ovnis.

**La mentalidad de algunos ufólogos**

Comentaba lo deslabazados que resultarían estos recuerdos al saltar de unos a otros: sin orden y escaso concierto.

Si bien todos los humanos necesitamos encontrar comprensión para no sentirnos diferentes y aislados, los ufólogos, que generalmente tendemos al perfeccionismo –la propia cimentación resbaladiza del tema lo requiere– nos lleva a la inseguridad y ésta a la necesidad de la protección a través de los afectos. Al que suscribe, que no posee estudios psicológicos, le sorprenden las guerras fraticidas entre los grupos y a niveles personales. Recientemente, un terrorista informático le quemó el disco duro a un amigo ufólogo por las susceptibilidades descritas. Los insultos y otras lindezas rebotan en Internet con una saña impropia de personas que comparten intereses comunes. Si no sabemos qué había hace 13.700 millones de años y tampoco qué habrá dentro de poco, si todo es consecuencia de la nada ¿vamos a entablar batallas con lo mucho que ignoramos? ¿Alguien pude pretender acercarse a la verdad tratando de imponer la suya?

Los excesos de protagonismos sustentados sin criterios objetivos y sin la humildad debida, constituyen una patología. Una sana terapia consistiría en reflexionar, aceptando que lo aprovechable puede encontrarse en los lugares más insospechados. La moderación y los juicios ponderados deberían eclipsar los apasionamientos, más propios de adolescentes que de personas maduras. Una permanente actualización, sin olvidar la perspectiva histórica, podría atemperar los mencionados desequilibrios. En definitiva: más correcto sería proponer y exponer que dogmatizar, y menos con frágiles criterios.

Es inapelable que las divinidades pueden hacer revelaciones a los que consideren elegidos durante cualquier etapa histórica, sin condicionamientos culturales, sociales o económicos. Algunas entidades me recuerdan a los idílicos ángeles, portadores de mensajes de paz y amor. La rareza radica en que algunos depositarios presenten exclusividades o que pertenezcan a una pléyade; aunque –lo admito– me sorprende el que sigan canalizando información seria sobre la realidad cosmosférica y las leyes naturales desde 1952 en que aparecen los pioneros. Ahora bien, el asunto se complica desde el momento en que las creencias arraigan sin verificación, y más al tratar de dilucidar en tan ingente cantidad de documentos lo verdadero, abrumadora cuestión, regalito envenenado para los psiquiatras. Otro peligro estriba en que todo creyente tiende a la exageración, igual que lo hicieron los autores de los apócrifos, por ejemplo.

El reto lo tienen los afortunados receptores porque para afirmar cuestiones importantes se requieren pruebas de la misma índole. En el fondo, a veces, ante la incapacidad de llegar a lo concreto recurrimos a explicaciones sin fundamento. Jung acertó cuando pronosticó la proliferación de ‘sectas cósmicas’ que sustituirían a las religiones para convertirse en un fenómeno de masas.

Inmensa la literatura sobre los abducidos. ¡Qué impacto me causó el secuestro del matrimonio Hill, y el mapa estelar donde, al aparecer, sus raptores procedían de Zeta Reticuli! Al principio, las víctimas eran conducidas sin violencia, aunque después llegaron unos humanoides cabezones, de grandes ojos y grises cuerpos, forzándolas. Ahora están de moda los visitantes de dormitorios, secuestradores que osan llevárselas desde las propias viviendas a través de ventanas e ¡incluso paredes!.

A finales de los años 70 se hicieron famosas las “alertas OVNI” organizadas por Antonio José Alés, irrazonables, condenadas a un espectacular fracaso, pero aglutinaron y sirvieron para que algunos se mentalizaran y cambiaran impresiones bajo la bóveda celestial. Y, claro queda, para que Alés mantuviese el programa. Las Cañadas del Teide y El Garraf en Barcelona fueron escenarios fallidos donde ávidas multitudes confiaron en ver ovnis a granel. Mi admirado Gómez Marín acertaba: «El hombre consume mito como consume oxígeno –es un animal mítico, decía Emst Cassirer, y no me cansaré de repetir–, alimenta la grisura de su cotidianeidad con el flamboyán abrasador de la maravilla».

Suele criticarse duramente a los gobiernos por su secretismo o por facilitar informaciones tergiversadas. En muchas ocasiones he tratado de ponerme en el lugar de los informadores, subido en una tarima y dando una conferencia de prensa: «Señores, el 30 de abril de 1964 en la base de la Fuerza Aérea de Holloman (N. México) el gobierno de los EE.UU. mantuvo una primera reunión con varios EBEs. Hicimos un trato: a cambio de darnos tecnología, ignoraríamos sus actividades, los secuestros, fecundación de mujeres, extracción de fetos, mutilaciones de ganado… Pero el asunto, lamentamos el reconocerlo, escapó a nuestro control». Dicho lo anterior, espectacular ejemplo, el cataclismo social a escala mundial estaría garantizado: en absoluto estamos preparados. Entonces, ¿no sería más sensato dar la callada y ridiculizar los rumores? Porque nunca la verdad se puede mostrar desnuda, una camisita, por lo menos, le sienta muy bien.

Termino. Es muy posible que el Cosmos esté poblado por seres inteligentes, pero Darwin aseguró que somos una especie única, resultado de cambios aleatorios, imposibles de encontrar en otro hábitat al cambiar mínimamente un factor. Por consiguiente, ¿cabe algún entendimiento biunívoco en cerebros desarrollados en ambientes tan distintos?

Ojalá nunca encontremos respuestas a tantas preguntas, porque si algún quedásemos sin ellas, algo grave tendría nuestro kilo y medio que protege nuestro calcáreo casco.

Acabo de leer estas memorias o narración llena de conjeturas que quedarán incompletas al desconocer las de mis posibles lectores. Puede que más adelante las amplíe, pero en algún momento resultaba necesario ponerles el final.

 Manuel Filpo Cabana

 Sevilla 26.04.12